



10.000 MOMENTOS DEL SOPLAO... ler Concurso de fotografía y relato corto

PRIMER CONCURSO DE FOTOGRAFÍA Y RELATO CORTO 10.000 MOMENTOS DE EL SOPLAO



Logo of the **MANCOMUNIDAD RESERVA DEL SALA CANTABRIA**, featuring a circular emblem with a star, a castle, a building, and a tree. To its right is a map of Cantabria with a red location marker and the text **LOS 10.000 DEL SOPLAO**.

I Concurso de
Relato Corto y Fotografía

10.000

MOMENTOS

DEL SOPLAO

Edita: Mancomunidad Reserva del Saja - Los 10.000 del Soplao
© Los autores y las entidades editoras

D.L.: SA-

Foto Portada: Margarita Carrera Cobo
1º Premio del concurso de Fotografía.

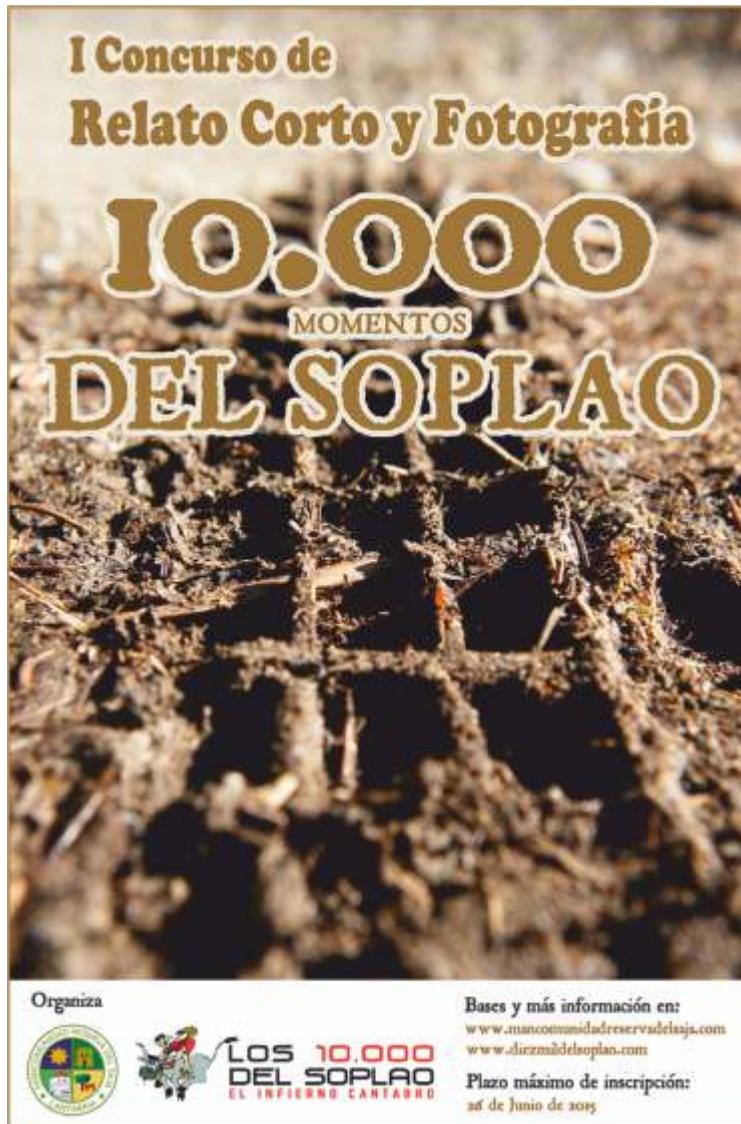
I Concurso de
Relato Corto y Fotografía

10.000

MOMENTOS

DEL SOPLAO





Cartel oficial del concurso.

ÍNDICE

05	Presentación
09	Primer premio de relatos: <i>Sandalio y Bahamontes</i>
13	Segundo premio de relatos: <i>La Cita</i>
17	Tercer premio de relatos: <i>Encontraste el contraste</i>
21	Premio juvenil de relatos: <i>El Soplo de Lucía</i>
24	Relatos finalistas seleccionados
42	Primer premio de fotografía: <i>Emociones en la meta</i>
56	Segundo premio de fotografía: <i>Un reto juntos</i>
80	Tercer premio de fotografía: <i>Encuentro multicolor</i>



FINALISTAS CONCURSO DE FOTOGRAFÍA

NOMBRE	TÍTULO
Margarita Carrera Cobo	Emociones en la meta Primer premio
David Cano Meléndez	Un reto juntos Segundo premio
Rafael Luengo Barrios	Encuentro Multicolor Tercer premio
David Cano Meléndez	<i>Día especial</i>
Margarita Carrera Cobo	<i>No sin mi bici</i>
Rafael Luengo Barrios	<i>Camino entre hojas</i>
Ana M ^ª Fernández Rodríguez	<i>Las luciérnagas del Soplao</i>
Ana M ^ª Fernández Rodríguez	<i>Escalando hacia la meta</i>
Sara Ruiz Andrés	<i>Sombra de la autosuperación</i>
Sara Ruiz Andrés	<i>Día de convivencia</i>
José Antonio Viñas López	<i>La serpiente cántabra</i>
José Antonio Viñas López	<i>A vista del Soplao</i>

FINALISTAS CONCURSO DE RELATO CORTO

NOMBRE	TÍTULO
Alfredo Moro Mena	Sandalio y Bahamontes Primer premio
Eduardo Millán Tamayo	La cita Segundo premio
Ángel Santiago García	Encontraste el contraste Tercer premio
Beatriz C. Mercader Lobato	El Soplao de Lucía Primer premio juv.
María González Lebaniegos	<i>Un sábado de mayo</i>
Luis Manuel Fernández Cacho	<i>Ultramaratón</i>
Abel Galindo Padilla	<i>Hasta el final</i>
José Luis Martín Gurpegui	<i>Recuerdos</i>
Pedro Cruz Martín	<i>Ensueño</i>
Yaiza Quintana Martínez	<i>Tres, dos, uno...</i>
Francisco Sánchez Lavín	<i>Homenaje a...</i>
Julia Erazo Presser	<i>Mi Soplao</i>
Roberto Alba Echevarría	<i>Crónica de un Soplao</i>
Rafael Luengo Barrios	<i>Las compañeras</i>
Gema García Navarro	<i>El Soplao desde la barrera</i>
Juan Medina Barradas	<i>Acción se rueda</i>
Pablo de la Vega-Hazas	<i>Escarnio y Clemencia</i>
Eduardo González González	<i>Lo imposible</i>
Susana Llerandi Aladro	<i>Sucesión de emoción</i>
Juan A. Morán Sanromán	<i>La meta</i>
Cristina Méndez García	<i>Caucho y piel</i>
Néstor Romero Ramos	<i>Paseo mitológico</i>

PRESENTACIÓN

“Los diez mil del Soplao” se ha constituido, en apenas 10 años, en un acontecimiento imprescindible para toda la comarca del Saja; en realidad, para toda Cantabria.

Miles de personas, vecinos de nuestros pueblos y visitantes, han acogido este conjunto de pruebas deportivas como algo suyo, como una seña de identidad local y regional. Además, este evento lleva ya mucho tiempo generando riqueza en el territorio, riqueza en forma de deporte popular saludable, cultura, e ingresos para el tejido comercial y turístico comarcal. No cabe duda de que estamos ante una iniciativa llena de aspectos positivos para las comunidades locales.

Coincidiendo con la IX^a edición, la Mancomunidad Reserva del Saja (que agrupa a los municipios de Mazcuerras, Ruate, Cabuérniga y Los Tojos), ha comenzado a colaborar con la Asociación que gestiona la prueba, “Los diez mil del Soplao”, en un aspecto que todos consideramos importante: la promoción de la prueba y la valorización del lado emocional de la prueba, el cual carecía de un medio de expresión permanente que perdurara más allá de los días de celebración de las mismas.

Fruto de esta colaboración, tenemos ahora el placer de presentar el volumen que recoge las obras de los finalistas del I^º Concurso de Relato corto y Fotografía “10.000 momentos del Soplao”. En ellas encontramos las emociones, los sentimientos, el verdadero valor añadido de este evento multitudinario e impactante que con tanta fuerza ha arraigado en nuestros pueblos y en nuestras gentes.

Enhorabuena a todos los participantes de esta primera edición, en especial a los premiados. Pero permítanme que les diga que los auténticos premiados somos todos los que vamos a tener la suerte de leer y contemplar los trabajos presentados. En ellos está el auténtico valor de esta prueba, el legado que año a año va sedimentando en el corazón de la gente...

Jaime Díaz Villegas
Presidente de la Mancomunidad Reserva del Saja



A vista del Soplao. José A. Viñas López.

PRESENTACIÓN

Los que trabajamos por y para “Los diez mil del Soplao” tenemos la satisfacción de recoger el calor y la entrega de miles de personas, deportistas y acompañantes, voluntarios, espectadores..., que desde hace 9 años nos acompañan en esta pequeña aventura que, con el paso de las ediciones, ha adquirido una dimensión que desborda -con mucho- nuestras perspectivas iniciales.

Creemos modestamente, que “Los diez mil” es ya algo más que una mera sucesión de pruebas deportivas, es también un punto de encuentro, un lugar de celebración del más sano espíritu deportivo y humano, un acontecimiento donde deporte, naturaleza y cultura se dan la mano. Por que nos importa la organización y la logística, pero sobre todo, nos importan las personas.

En nuestras redes sociales y foros, centenares de amigos nos cuentan, día a día, qué es y qué supone nuestro evento para ellos, para su tiempo de ocio y de práctica deportiva, para sus vidas, y todo ello había que canalizarlo de alguna manera y darle la difusión adecuada.

Surge así la necesidad de organizar este Concurso de Relatos y Fotografía, a través del cual recogemos la experiencia vital y personal de muchas de las personas que forman parte ya de nuestra gran familia, durante los días en que se celebran las pruebas. Con la complicidad de la Mancomunidad Reserva del Saja ha sido posible poner en marcha esta primera edición, a la cual -estamos seguros- van a seguir muchas más.

La gran acogida de la iniciativa, y el cariño que destilan las obras presentadas, nos refuerzan en la idea de que “el infierno cántabro” es solo un lema deportivo motivante, pero que en realidad nuestra iniciativa es un “paraíso” en donde se dan cita gentes diversas y maravillosas que hacen de “Los diez mil del Soplao” un acontecimiento humano por el que merece la pena trabajar prueba a prueba, año a año.

Jesús Maestegui Gómez
Presidente de la Asociación “Los diez mil de Soplao”

Primer premio.

SANDALIO Y BAHAMONTES

Alfredo Moro Mena

Fue mi abuelo Sandalio quien me enseñó a montar en bicicleta. Perteneció a una época en la que casi nadie hacía deporte por afición, especialmente los obreros como él, cuyas fuerzas se iban enteras en sus puestos de trabajo y no disponían ni de medios ni de ganas para hacer un esfuerzo más que no fuera obligado por la necesidad.

Aún así amaba el ciclismo. Habré escuchado de su boca más de cien veces la anécdota en la que Bahamontes se comió un helado en lo alto de un puerto francés mientras esperaba, sobrado de fuerzas, al pelotón en un día de calor. Y siempre se moría de risa. Luego supe que lo que ocurrió no fue exactamente así, que si esperó fue por una avería. Pero siempre que oigo esta anécdota, veo a mi abuelo riendo mientras lo contaba otra vez, como si fuera la primera vez que lo hacía.

Físicamente mi abuelo se parecía a Bahamontes; moreno de piel y siempre peinado hacia atrás, también tenía una resistencia y una capacidad física descomunales. Y le encantaban los helados.

Desgraciadamente para mí, no heredé su naturaleza para el deporte, aunque sí su capacidad para no quejarse nunca por nada y su mentalidad positiva para todo.

En mi abuelo pensaba cuando me amagaban los calambres subiendo el monstruo del Negro durante los 10000 del Soplao. Si me hubiese visto quejarme por unos calambres me habría llamado "Indio, pequeño, bajo y enano", la retahíla que nos soltaba a mi

hermano y a mí para provocarnos cuando sabía que podíamos hacer más. Así que no me quejé. Ni yo, ni ninguno de los sudorosos, exhaustos, demacrados ciclistas que seguíamos subiendo mientras la noche y la niebla caían sobre nosotros. Todos con una sonrisa en la boca porque a pesar del cansancio y de los dolores en todo el cuerpo, sabíamos que ya casi estaba en el bote. Y los 10000 del Soplao no es un sitio donde quejarse.

Poco antes, en el último avituallamiento al pie del Negro, mientras masticaba un poco de pan con lomo recién hecho, me fijaba en los que allí estaban conmigo, mis compañeros de odisea: Caras y barbas llenas de polvo, piernas con arañazos y los restos de alguna caída, rostros angulosos por el esfuerzo acumulado. Vi gente dura. Y me sentí bien de estar con ellos, de pertenecer a ese grupo. Mi mirada se cruzó con la de otro ciclista de pelo rizado y canoso, y sonreímos porque sabíamos que los dos estábamos pensando lo mismo. Los dos sabíamos que el objetivo de toda esta gente estaba cerca. Para todos los que estábamos allí, los 10000 del Soplao era algo importante y había empezado mucho antes, cuando oímos hablar de él por primera vez. Cuando nos inscribimos y empezamos a entrenar, robando tiempo a otras cosas y siempre con la meta de Cabezón en la mente. Cuando la soñábamos. Y la teníamos ahí al lado. Por fin.

Cuando coronamos el Negro, sólo unos pocos repechos y una bajada de diez kilómetros a oscuras, sólo iluminados por nuestras luces, nos separaban de la meta. Atrás habían quedado los primeros puertos de calentamiento, que ya ellos solos formarían una ruta durísima; el duro Moral, el juez de la prueba; la Cruz de Fuentes, más largo aunque más amable; Ozcaba con su dura bajada; la parte técnica después de Correpeco... Todo eso había quedado atrás. Pero no sólo las montañas forman el Soplao. También quedó atrás la señora que reparte gominolas en la subida del Monte Aa, el clamor de los vecinos de Ruento, la espectacular salida y los nervios en Cabezón de la Sal, las impresionantes vistas de la Reserva del Saja que se disfrutaban más que nunca cuando

estás en lo alto de los puertos, la paz de algunas zonas en las que durante unos momentos estás solo en el medio de la naturaleza y sólo oyes tu propio esfuerzo y tu bicicleta compañera, el compadreo y el compañerismo de todos los participantes en cada una de las modalidades, los voluntarios en cada uno de los puntos de la marcha y todos los vecinos de la comarca, que animan igualmente al primero como al que pasa ocho horas después... Todo eso es el Soplao. Y por eso incluso antes de terminar ya quieres volver.

Tras la bajada, en la que luciérnagas sobre ruedas volamos por los montes de Cantabria, llegamos al deseado asfalto que nos llevaría al final de nuestra aventura. Dando pedales a casi cuarenta kilómetros por hora, me volví a acordar de mi abuelo Sandalio. Él nunca dudó que su nieto lo conseguiría. Aunque fuese de las últimas cosas que hablamos y él estaba más en otro lugar que conmigo. Él nunca lo dudó como yo lo hice y más después de no conseguirlo en mi primer intento hace unos años. Por eso lloré y reí a la vez ya con Cabezón a la vista. Lloré porque sabía que mi abuelo me estaba viendo, feliz, diciendo que él ya me lo había dicho y que era un "Indio, pequeño, bajo y enano". Y reí de felicidad porque lo había conseguido, ya podía decir que un día acabé los 10000 del Soplao.

Va por ti abuelo.

Segundo premio.

LA CITA

Eduardo Millán Tamayo

Llegamos a Cabezón al atardecer. Íbamos a pasar unos días de descanso en este maravilloso y tranquilo lugar al que ya acudimos tiempo atrás, también en otra época en la que necesitábamos alejarnos un poco de la vida y de los problemas diarios para simplemente reposar la mente y acercarnos a la naturaleza.

Yo andaba esos días especialmente triste, intentando asimilar la reciente muerte de papa. Habían sido unos años duros, de lucha contra esa maldita enfermedad que le había ido robando poco a poco el oxígeno hasta dejarlo esclavizando a una máquina, unido a ella las 24 horas del día, conectado mediante un conducto de unos 6 m de largo.

Esa fue la libertad de mi padre durante sus últimos años, 6m. Ir más allá significaba desconectarse y fatigarse, ahogarse y sufrir para, tras una efímera libertad, volver de nuevo a esa máquina que lo mantenía unido a la vida. Ya todo había terminado y ahora tocaba olvidar todos esos meses de sufrimiento y recordar los buenos momentos vividos.

En eso estaba yo cuando decidí salir a rodar un poco y subir al pequeño monte que se veía a lo lejos. Las primeras rampas eran muy empinadas, pero el camino de cemento permitía subir corriendo a paso lento sin perder tracción.

Ascendía poco a poco, ganando cada vez más tranquilidad a la vez que el silencio iba creciendo a mi alrededor. Bordeé la ladera

de la montaña, llegando a una zona de penumbra desde donde lo vi. Allí a lo lejos el camino llegaba hasta un pequeño collado donde había una hilera de altos árboles que ya tapaban al sol que dentro de poco habría desaparecido.

Me paré en medio del silencio, escuchando solo mi respiración, y una lágrima me recorrió la mejilla. El recuerdo de mi padre vino a mi mente pues sus cenizas reposaban a los pies de otros árboles similares a los que ahora estaban frente a mí. Pensé en correr hacia allí, pero eso me llevaría media hora entre ida y vuelta. La noche ya se echaba encima y no podía retrasarme mucho ya que había dicho a mi familia que volvería temprano.

Entristecido, di la vuelta para emprender el camino de regreso y fue cuando reparé en ese pequeño poste de madera al borde del camino, en el que aparecía escrita la leyenda: Los 10.000 del Soplao. Recordé que era la famosa carrera que se celebra todos los años en la zona y de la cual había oído hablar. Mientras corría de vuelta a casa no dejaba de pensar en lo bonito que sería correrla algún día y pasar corriendo por ese collado que tanto me recordaba al sitio donde descansa mi padre.

Unos meses después el despertador sonó a las 5 de la mañana. Quería desayunar tranquilo y llegar a Cabezón pronto para ir viendo cómo se iba llenando poco a poco de todos esos corredores y ciclistas con los que compartiría los mismos senderos y caminos.

Quería sentir y disfrutar de la carrera incluso antes del inicio. Y casi sin darme cuenta ya estaba corriendo por unas calles abarrotadas de gente que no paraba de aplaudir y animar. Sin duda un precioso comienzo para una carrera tan emotiva que hizo que brotara una primera lágrima, mucho antes de lo que había imaginado.

El sufrimiento empezó a llegar con las primeras rampas, al mismo tiempo que la belleza iba apareciendo según ganábamos altura e

inmensos paisajes y preciosos valles verdes aparecían ante nuestros ojos. La sensación de felicidad era inmensa. Nuevas subidas y bajadas limaban nuestras fuerzas progresivamente, reduciendo nuestro ritmo de carrera y aumentando nuestras pulsaciones y cansancio, pero a la vez haciéndonos más sensibles hacia toda la belleza que nos rodeaba.

Ya a lo lejos se veía la subida más dura de la carrera, el Toral, que yo tenía en la cabeza pues sabía que ahí empezaría el descenso hasta ese lugar tan especial para mí, el sitio que habitaba en mi memoria desde hacía meses. Llegué a la cima agotado por las duras rampas y casi por inercia empecé a trotar ladera abajo mientras recuperaba unas pulsaciones normales y mientras intentaba que mis piernas, rígidas y doloridas, me respondieran.

Mi vista se perdía ahora en la lejanía, buscando la hilera de árboles que señalaban el punto de encuentro con mi padre. Y allí a lo lejos aparecieron, pequeños aún por la distancia, pero mirándome, como si estuvieran esperando. Empecé a acelerar, aunque la fatiga acumulada me recordaba que mi cuerpo estaba en la reserva. El recuerdo de mi padre y el desnivel me permitieron incrementar el ritmo de mis zancadas y de mi respiración, corriendo cada vez más rápido.

Aceleraba mientras por mi cabeza se sucedían los recuerdos de mi padre. Esos malos momentos en los que la falta de oxígeno le derrotaba y la fatiga le invadía sin que yo pudiera hacer nada. Quería sentirme muy cerca de él y de su sufrimiento en esos momentos, por lo que seguí acelerando todo lo que podía, al máximo de mis fuerzas, haciendo que la fatiga invadiera mi cuerpo hasta sentirme imperiosamente necesitado de ese oxígeno que le negó la vida a mi padre.

Cuando creía que me iba a derrumbar, cuando ya mi cuerpo estaba al límite, llegué a los pies de los árboles. Me detuve asfixiado y con grandes bocanadas, doblando la espalda y con las

manos en las rodillas, intenté recuperarme de esa inmensa fatiga que me hizo sentir tan cerca de él y de esa lucha diaria en sus últimos años. Pude ir recobrando el aliento mientras una gran paz me invadía. Empecé a llorar como un niño, sin aliento, desconsolado.

Nunca olvidaría a mi padre, ni nuestra última cita, nunca olvidaría esta carrera que me hizo sentirme tan cerca de él y nunca olvidaría este lugar en el que el espíritu de mi padre y el mío permanecerán siempre juntos.

Y mientras me enjuagaba las últimas lágrimas, seguí corriendo hacia la meta.

Tercer premio.

ENCONTRASTE EL CONTRASTE

Ángel S. García García

Vivimos en una sociedad que tiene miedo a los nombres, en la que nada se entiende sin su contrario, camuflamos con mentiras o eufemismos la realidad, nos da miedo desnudarnos con las palabras, y así vivimos lo más asépticos posible sin aceptar nuestras derrotas; derrota que en mi caso no fue tal, porque no me rendí.

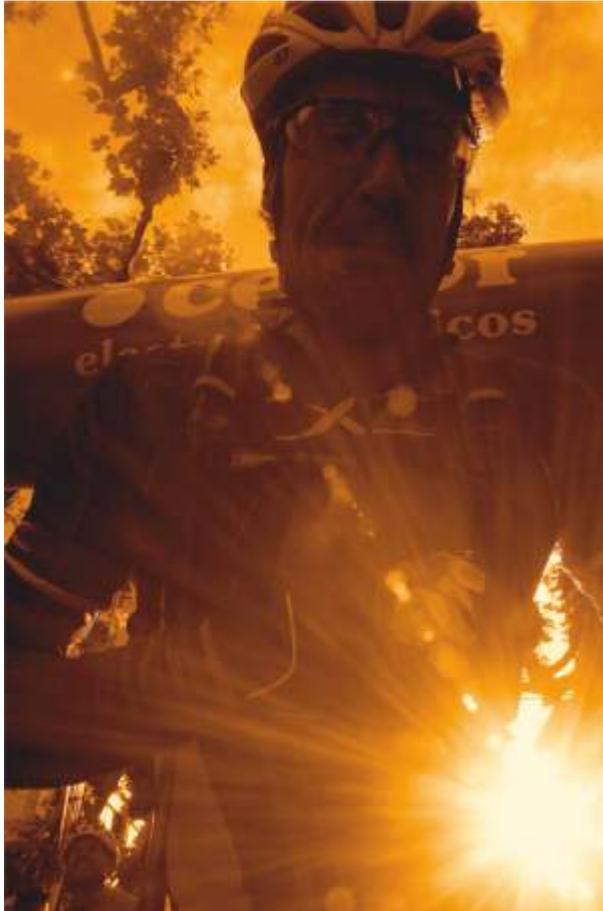
Por eso cuando me quedé sin agua y un amigo, al que no conozco de nada, me ofreció su bote tras la arenga de "muerde la boquilla y aspira, hombre, que tengo de sobra" me lancé a este relato que había ido macerando con los kilómetros...

Así al finalizar mi periplo descubrí que grande y pequeño ya no volverían a ser contrarios en mi diccionario personal, sino complementarios.

Grande fue el inicio, el atávico danzar de la salida, la emoción de los acordes de rock antes de adentrarnos en la oscuridad de la noche y sentirnos pequeños.

Frio en la noche, mucho calor en el aire. Grande la gente de la pequeña Riente y grande su pequeño puente que nos hizo sentir gigantes, casi héroes, en el resonar de los aplausos para volver a ser diminutos seres en la pendiente siguiente.

Desde la otra parte, por la escarpada subida, divisábamos los frontales como pequeñas luciérnagas de los que aún bajaban el cortafuegos temido que nos había hecho descender de modo



Día especial. David Cano Meléndez.

precipitado a profundidades desconocidas pero que, donde realmente nos llevaron, fue a un mini oasis lleno de gente paciente que con gesto amable ofrecían el primer alivio reconstituyente.

Y qué grandes se veían nuestras sombras bajo el foco del que venía detrás en la noche.

Con cada pequeño gesto: un saludo, un adelante, una palmada... grandes sensaciones y emociones, cuerpos pequeños, grandes corazones.

Pequeño se iba volviendo mi amigo cuando se alejaba por el camino, aunque yo sabía de sobra que acabaría a lo grande e invisible quería volverse cuando a gritos le cantaba una copla de la más grande, justo cuando dejábamos atrás la luz frontal de la noche para encender el amanecer.

Fue bonito saber que siendo pequeño se pueden hacer cosas grandes, y comprobar el calor de la compañía de ir en soledad con la belleza del paisaje.

Fue grande el dolor que me hizo caer y sentir pequeño, y pequeños los gestos, las palabras el ánimo, el aliento de los que me pasaban y socorrieron lo que me hizo comprender lo grande del momento.

Sólo me queda el consuelo de haber encontrado la sensación de que lo contrario de la derrota no es la victoria sino la lucha y así agradecer a esta carrera hacerme comprender a la vez cómo, siendo seres tan pequeños, podemos llegar a sentirnos tan grandes.

Tan grande fue la sensación grabada en mi mente que ocho días después no pude más que volver a hacer todo el recorrido en mi mente hasta que me pudo el sueño de la noche que aquel día no dormí y seguí la mañana siguiente con la agridulce sensación de tener que regresar algún día a disfrutar de aquel campo de

batalla, con la sonrisa implícita en el alma.

Y esa fue al final mi gran victoria, poder reconocer, después de todo, que no es necesario que algo tenga un opuesto para que tenga la vida sentido, que lo grande nos hace saber lo bueno de ser pequeños, que el frío de la noche nos hace apreciar el calor de la gente, que cuando llega el calor nos podemos quedar muy fríos, que la dureza del paisaje no es lo opuesto a su belleza y que la soledad nunca más será una mala compañía.

Premio juvenil.

EL SOPLAO DE LUCIA

Beatriz Cintia Mercader Lobato

Era un día soleado. Lucía montando en bicicleta paseando vió un motón de bicicletas y le preguntó a un hombre

-¿Qué hace tanta gente montando en bici?

-es que es una carrera

-ah vale-le dijo Lucía, pues yo quiero apuntarme.

La niña llegó a su casa y le pregunto a su madre

-¿mama me puedes apuntar a una carrera de bicis?,

-¿Qué carrera?,

-la de los 10.000 del Soplaio,

-¿tú lo podrás hacer?, le dijo su mamá,

-bueno lo intentaré, le dijo Lucía,

-¡así me gusta!, dijo su mamá,

-espero divertirme, dijo Lucía.

Tanta carrera le parecía imposible, y no pudo aguantar mucho tiempo, y se quedó en los 50 kilómetros; entonces mucha gente le animó y ella siguió un poco más, a unos metros vió a los ciclistas



Camino entre hojas. Rafael Luengo.

comiendo bocadillos en un puesto, hablando con las mujeres; luego vió a una mujer que con la propia manguera de su casa estaba lavando las bicicletas, a Lucía le dio las gracias y siguió pedaleando y sin darse cuenta llegó a los 100 kilómetros. No se lo podía creer, estaba cansada pero lo tenía que conseguir, pedaleó y pedaleó y no se lo creía: había terminado.

Todos le decían ¡bien!, ¡bien!, ¡bravo! Porque no creían que una niña podía haber hecho aquello.

Ella decía alegre - ¡lo conseguí, lo conseguí! Fue el momento más grande de su vida, seguro que lo más increíble que hará en su vida y se fue a celebrarlo con su madre y su amiga Paula, y se lo pasó genial.

Al año siguiente Lucía corrió la carrera otra vez. Ella no se lo podía creer: su padre estaba allí. Lucía le miró, se frotó los ojos y le dio un fuerte abrazo, unos cuantos besos y le dio otro abrazo

-papá has venido, es una gran sorpresa ¡gracias!
- como me iba a perder la carrera de mi hija, dijo su papá.

-¿mamá tú lo sabías? -puede que sí, puede que no, dijo su madre sonriendo.

Lucía siguió asistiendo a todas las carreras, los paisajes eran muy bonitos: estaba lleno hierba, grandes montañas, muchas flores, Lucía pensaba que era fantástico.

De ver tantas carreras Lucía hizo muchos amigos, uno de ellos era un abuelete, y le contaba muchas cosas interesantes, como que había corrido muchas carreras y muchos kilómetros y había visto algunos animales por el camino.

Lucía había hecho muchos amigos, y al despedirse siempre estaba deseando que llegase el año siguiente para volver al Soplao...

UN SÁBADO DE MAYO

María González Lebaniegos

Ella vive en Roiz. Nunca ha viajado lejos de su hogar. Su casa se ubica en el paraje conocido como La Serna, entre los barrios de La Vega y La Cocina. Allí disfruta de una vida serena, aislada de los afanes de los habitantes de este pequeño pueblo. Le gusta observar el amanecer tumbada sobre una lastra; ver cómo el sol va ascendiendo a través de un sinfín de hojas de chopos, fresnos y eucaliptos. También le gusta bajar al río al anochecer.

Justo después de las paseras se encuentra un recodo que aloja un pequeño pozo, y ese es su lugar favorito para tomar un baño tranquilo, sin nada que la perturbe, justo antes de dormir. Casi nadie pasa por allí, salvo algún pescador cuando se levanta la veda, o ganaderos que cambian de sitio a sus ovejas o yeguas.

Sin embargo, desde hace ocho años, todo cambia al llegar mayo. Siempre, el tercer o cuarto sábado de este mes tiene lugar un acontecimiento que altera el entorno. A eso de las ocho de la mañana, brille el sol o llueva, haga calor o frío intenso, un montón de gente empieza a llegar, y se sitúa en los bordes del camino que pasa justo por donde *ella* vive. Y alrededor de una hora después, otras personas, cuyo número crece año a año, empiezan a ascender montados en un curioso vehículo.

Lo llaman bicicleta; desde su morada escondida, ha visto otras pasar por la carretera que discurre al otro lado del río, junto a la mies. Pero estas bicicletas son distintas; es como si los hombres y mujeres que montan sobre ellas, lo hicieran para sufrir. Sus cuerpos sudorosos están rígidos por el esfuerzo, y sus caras

denotan sufrimiento, casi dolor. Con sus piernas, intentan domar al vehículo, pero éste se adhiere al suelo y parece no querer avanzar. Sus nudillos están blancos, por la fuerza con que se agarran al manillar, y los dientes apretados parecen hacer más difícil la respiración. No obstante, sus corazones son jóvenes, y su fuerza de voluntad les hace superar esta subida, que en algunos tramos recuerda más a una pared que a una senda.

Algunos prefieren apearse y continuar este tramo a pie, con la bicicleta al hombro. *Ella* espera, en lo profundo de su ser, que la meta les brinde la recompensa adecuada, que merezca la pena tanto sacrificio.

Este año, el día ha amanecido claro y seco. Sin embargo, un chico se ha caído sobre la lastra cubierta de musgo que a ella tanto le gusta. Inmediatamente, se ha levantado, se ha mirado las rodillas buscando algún rasguño, y se ha vuelto a subir a la bicicleta. *Ella* no lo ha dudado; de forma subrepticia, pasando inadvertida para todo el mundo, le ha dado un buen empujón.

Lo que *ella* ignorará siempre es que, solo seis horas después, él será el primero en pasar por la meta de Cabezón de la Sal. Allí tendrá lugar un momento mágico: ese instante en el que, por un momento, el dolor físico desaparece, la alegría por llegar lo supera, y los aplausos y vítores del público que abarrotan las calles ensordecen los latidos del corazón, que amenaza con salirse del pecho si se le obliga a seguir un kilómetro más.

Después llegarán el bajón, el dolor, el agotamiento; pero antes, el campeón disfrutará del reconocimiento y de la fortuna que *ella* le transmitió con su espontánea ayuda.

Y es que, si una anjana decide ayudarte, la buena suerte te acompañará. Aunque sea una humilde habitante de un pequeño rinconcito de Roiz.

ULTRAMARATÓN

(o cómo correr con el corazón más que con las piernas)

Luis Manuel Fernández Cacho

A las 22:50, los sonidos uniformes de los instrumentos de viento, interpretaban la famosa y ancestral danza de Ibio, anunciando el inminente comienzo de la prueba. Ya no había vuelta atrás. Mi mente se disgregó. Por un lado las notas musicales llenaban la mitad de mi hemisferio cerebral; en el otro, se acumulaban los recuerdos en forma de fotogramas que me habían hecho tomar la salida en esta prueba: mi familia, mis amigos, mis horas de entrenamiento, formaban un caleidoscopio de sensaciones encontradas.

Salida, ya está. La marea de luces me arrastraba al ritmo que marcaba el grupo. Los primeros metros rezumaban de un aura extraña de falsa euforia; el ánimo de la gente por las calles, te hacía avanzar olvidándote por un momento de lo que se me avecinaba. Pronto, la oscuridad de la noche fue ganando paso. De repente, todo mi universo se reducía de poco más de dos metros.

Sin embargo, la primera de mis sorpresas estaba a punto de aparecer. La imagen del halo de luces que decoraba la montaña que acababa de dejar atrás, me recordaba un buen consejo que un día recibí: disfruta. Y eso comencé a hacer. La llegada a Riente supuso un punto de inflexión. Miles de personas gritaban, jaleaban a los lados del camino, sin importarles la hora, el frío, si eras conocido o no. Esa es la magia de las carreras y el mejor de los avituallamientos. El cariño de todos los espectadores.

Segunda hora de carrera. Silencio. Avanzo en compañía desconocida hacia Ucieda. Subo al Moral. Las estrellas me avisan que el frío de la noche dará paso a un día de sol y calor. Sonríe. El descenso hacia Bárcena lo hago en soledad. Me gusta esos momentos egoístas. Solos tú y la naturaleza. Mi ritmo es regular y mi mente comienza a trabajar. Ordeno pensamientos, recuerdo imágenes, acuden melodías de canciones.

Bárcena. Cinco de la mañana y comienzo el ascenso a Fuentes. Sólo. A ratos corriendo, a ratos andando. Sé que va a ser largo, pero el alba comienza a hacer su aparición y la claridad emerge lentamente desde las montañas próximas. Apago el frontal y disfruto de unos metros de oscuridad ya que el terreno me permite ese pequeño "regalo". Llego al puerto y una brisa gélida activa mis sentidos. Hace frío. Me gusta el frío, me mantiene alerta y activo. Desciendo tranquilamente entre pistas, y neveros. He perdido la noción del tiempo y casi del espacio sumergido en la majestuosidad de las montañas cántabras. Frío. El entumecimiento de mis manos me devuelve a la realidad. Desciendo algo más rápido para ganar algunos grados. Intento dejar mi mente en blanco y solo focalizarla en este amanecer.

Sin darme cuenta llego a Venta. Avituallamiento. No paro. Comienzo descenso a los Tojos. Pero mi cuerpo me avisa de que el esfuerzo empieza a acumularse. Reduzco el ritmo al son que marca el dolor de mis articulaciones. "Es normal", pienso. La bajada a los Tojos se me hace larga, dura, monótona en ocasiones y los fantasmas del abandono comienzan a merodearme. "Aún queda mucho...". Necesito motivación extra. Buceo entre mis recuerdos y fácilmente familia.

Llego a los Tojos. Unas señoras encantadoras me atienden desinteresadamente. Se preocupan de darme todo lo necesario. Sus ojos no pueden ocultar que realmente disfrutaban con lo que hacen. Al salir de despiden con un "Ánimo hijo", pronunciado con un cariño que hacen que me sienta pues eso, como su hijo. Dudo si

darme media vuelta y darlas un abrazo. Pero decido cambiarlo por un “Gracias” y una sonrisa. Ahora sé que debería habérselo dado.

Al llegar a Bárcena, comienzo por primera vez, a pensar que ya está todo prácticamente hecho. Ascendo tranquilo por una especie de calzada romana y no puedo evitar acordarme de las personas que vivían aquí hace siglos. Avanzo de piedra en piedra y en ocasiones mojo mi pie con agua que corre entre ellas. Me relaja. Moral. A lo lejos veo el avituallamiento. Ese es mi objetivo que alcanzo con facilidad.

Intercambio palabras cortas con los ciclistas y sin comer ni beber mucho descendo enfrentándome a los miles de participantes de la BTT. Me animan, les animo. Hasta que cruzo camino hacia arriba por una braña que me orienta directamente hacia el último escollo del día. El Toral. Nos juntamos las tres modalidades y comentamos sensaciones. El rojo de mi dorsal confiere un respeto inmerecido y me dejan avanzar entre ellos facilitándome el paso. Gracias. Ascendo el Toral. Miro hacia abajo y comienzo a dar paso tras paso. Estoy arriba. Sopla el viento. Miro hacia abajo y veo a gente subiendo, riéndose, haciéndose fotos, y pienso: “Hay que disfrutar y lo están haciendo”. La bajada a Mazcuerras es tranquila. Animó a participantes que van justos de fuerzas. Me lo agradecen. Alcanzo Mazcuerras. Se acabó. Unos pocos metros y ya está. La última recta, a pesar del cansancio y de los dolores, se hace fácil con el apoyo de todos y cada uno de las personas que voy dejando a cada paso. Niños, ancianos, parejas, guardia civiles, todos suman. Cada uno es un paso que ganas. Meta. Final. Gracias.

Estas carreras se corren más con el corazón que con las piernas y en eso habéis ayudado todos.

HASTA EL FINAL

Abel Galindo Padilla

Quién podía imaginar que todo comenzaría una tarde de verano del 2014 cualquiera, viendo videos de pruebas de ciclismo entre los que apareció “Los 10000 del Soplao (La Película)”, empezaron a pasar los minutos y con cada experiencia narrada la imaginación empezaba a volar en mi mente.

A Pesar de no ser muy aficionado a las marchas organizadas, en esta ocasión la cosa estaba clara, allí quería estar al año siguiente.

Comencé a enviar el enlace del video a otros compañeros de fatigas y, como no, a mi hermana Yoli, quien suponía que sin esforzarme demasiado conseguiría que participara en alguna prueba.

De entre todos los amigos de las dos ruedas, a pesar de que al que más o al que menos, el video le motivaba y emocionaba, tan sólo uno, mi tío Juan Carlos, conocido en el grupo como “Pajares” y a quien los retos no le asustan, se animó para estar el 23 de Mayo en la línea de salida.

Comenzamos a ir hablando sobre el tema, los domingos durante las rutas que hacemos con nuestro grupo los *Globerosslocos*: como eran las subidas, kilómetros de cada una, cuanto había que madrugar para intentar coger sitio delante...Con mi hermana desde el principio estuvo claro su objetivo, la ruta a pie, Marcos se uniría a ella en el largo caminar de aquel día y cómo no, en cada salida anterior y necesaria para hacer al cuerpo a un esfuerzo

como aquel. Una cosa estaba clara, nos esperaban meses de duro entrenamiento si queríamos superar ese reto.

El día en que se abrieron las inscripciones, ya disponíamos de alojamiento reservado y a primera hora de la mañana, conseguí mi dorsal. Ya no había marcha atrás.

Sobre el mes de Diciembre comenzamos la preparación, según hablaban en muchos foros, entre cinco y seis meses eran necesarios para llegar en buenas condiciones físicas.

Salidas por nuestra sierra segoviana, se fueron alternando con kilómetros y kilómetros de rodar en llano para ir cogiendo fondo. Los días que llovía, tocaban sesiones de rodillo, aprovechándolas para hacer series.

Juan, a pesar de salir cada domingo en bici, entre semana su preparación estaba más centrada en el atletismo, y es que antes del Soplao, quería conseguir otra muesca en la culata haciendo una media maratón.

Los meses iban pasando rápidamente. Parece mentira que cuando todo empieza crees que el día está muy lejos, pero cuando nos quisimos dar cuenta apenas quedaban horas para escuchar esa música de AC/DC que hace que la adrenalina corra por las venas.

El viernes llegamos a primera hora de la tarde a Cabezón de la Sal, parecía que teníamos miedo de que nos quitaran el dorsal, de las prisas. Empezamos a vivir el ambiente de la prueba, gente por todas partes, fotos en cada esquina, sin dejarse por supuesto la del arco de meta en la Avenida del Generalísimo y la de la famosa bicicleta de madera en la Plaza de los Caídos. Visitamos los stands que montan en los alrededores para ponernos los dientes largos con los últimos modelos de bici, observamos como los "Héroes" del Soplao y Combinada tenían sus máquinas preparadas en la zona de transición entre pruebas y para rematar una bebida

fresquita en una terraza para disfrutar de la alegría que allí se respiraba.

Esa noche, los nervios a penas nos dejaron conciliar el sueño, los unos ya estaban anda que te anda y los otros venga a dar pedales, no vaya a ser que no tengamos suficiente con el reto...

Llegaron las cinco y cuarto y "Pajares" nos deleita con un tono de quinto levanta tira de la manta a todo volumen para ponernos en marcha. Desayunamos fuerte, preparamos todo lo necesario y rumbo al "infierno" como aquí lo llaman.

Había llegado el momento de desearnos suerte los unos a los otros, los andariegos a su salida y los de las bicis a la suya escoltados por Bea y Gema (nuestras mujeres, dos pilares necesarios en el día a día y que por supuesto no nos iban a abandonar en uno como éste). Besos abrazos y quedamos en vernos en el avituallamiento de Uceda.

Dos minutos para la salida, en el pelotón risas y nervios a partes iguales, se intercambian anécdotas con los de alrededor y a pesar de que sabemos que estamos muy atrás, no importa, el caso es disfrutar.

Salimos, el corazón late a mil, no sé si hay más gente haciendo la prueba o viéndolo, es increíble esa sensación. Van pasando los kilómetros, en las rampas ya va habiendo algún silencio y en los altos las vistas son indescriptibles. Tras pasar las subidas de La Cocina y el Soplao, noto malas sensaciones, parece ser que el cuerpo va a jugarme una mala pasada, sin embargo Juan Carlos va muy bien, y a pesar de todo se queda a mi lado dándome ánimos entre parada y parada para recuperarme de los calambres.

Con mucho sufrimiento y sobre todo ilusión, conseguimos llegar hasta el avituallamiento donde nos esperaban Bea y Gema. A

partir de aquí Juan Carlos se encargará de llevarme en su corazón por el resto del recorrido. Así lo hace, aprieta los dientes, entre las sensaciones de impotencia y tristeza, y se pone en marcha. Nada puede con él, sube rápidamente el Moral y continúa hacia el Cruz de fuentes, en la Ozcava nos llama para decirnos que todo bien y que en breve bajará al inicio del Negroo donde le esperamos.

Entre tanto los andariegos Yoli y Marcos nos avisan que van a superar el reto y que están a apenas dos kilómetros.

Por fin llega Juan al Negroo, en su cara puedo ver que me ha llevado cada instante a su lado, le abrazamos y últimos ánimos para afrontar las duras rampas, -"venga campeón, nos vemos en la meta"- ... hora y media más tarde ahí está, cruzando la meta y haciéndonos sentir a todos vencedores.

No hay duda, Los 10000 del Soplao son mágicos.

RECUERDOS

José Luis Martín Gurpegui

Mirada perdida e introspección, a pesar del bullicio, del colorido, de la densidad ambiental. Parece que de una forma más lenta de lo habitual, como si hubiese cambiado el concepto del tiempo, esa mirada se va enfocando, y aparecen nítidos unos dígitos en una pequeña pantalla sobre el manillar, que acusan alguna pulsación de más para el reposo, y que algunos minutos sobrepasan ya las siete de la mañana.

Cierro los ojos. Despiertan en mi memoria otros sábados, tiempo atrás, de infantil primavera.

Cuando a estas horas el olor del café se colaba en mi habitación, como un despertador silencioso, ya sabía que mi padre me iba a llevar de excursión. En incontables ocasiones, no muy lejos del lugar donde me encuentro ahora, o de algún otro por donde pasaré a lo largo del día.

La ermita del Moral, los árboles singulares de monte Aa, el camino de Bárcena Mayor a los Tojos, divisar el pantano del Ebro desde la cima del Pico Ropero o los dos valles, el del Saja y el Nansa, desde el Mozagro...

Y a modo de recompensa, tras la caminata, nunca faltaba un Cocido Montañés en cualquier restaurante de la comarca. Después, con la llegada de la época estival, añadíamos un baño en las aguas cristalinas del curso alto del río Saja, donde se labraron toda suerte de cascadas, pozas y toboganes.

Y para finalizar la temporada, cuando el otoño teñía de verde, ocre y amarillo el cielo de los bosques, subíamos a Sejos para presenciar ese ritual de apareamiento de los venados que por aquí llaman berrea. Un año más.

Abro los ojos. Miles de ciclistas abarrotan la arteria principal de Cabezón de la Sal. Aguardan el estruendo de una traca y las primeras notas de una canción que marcan el inicio de los más de 160 kilómetros del único infierno conocido donde no encontrarás demonios, sino compañeros, familiares, paisanos o voluntarios dispuestos a ayudarte a cumplir tus ilusiones.

Mi padre no estará entre ellos. Su memoria es el motivo de mi reto.



Las luciérnagas del Soplo. Ana M^ª Fernández.

ENSUEÑO

Pedro Cruz Martín

Había tenido un sueño. Vio los colores y sintió que podía olerlo todo. Oyó ruidos que no reconocía, como lenguas extrañas a las que hay que prestar atención para que no se pierdan. No recordaba haber soñado antes.

Aquel soñador no era famoso, su cara no era conocida. Realmente no era nada, ni nadie.

Llego allí indeciso, inseguro y asustado. Le había movido una inercia que muchos no entienden, esa que solo los más locos han aprendido y comparten.

Un día cualquiera, decidió que las cosas que no se intentan son imposibles. No buscaba la fama, sabía que es mejor que uno solo te recuerde siempre, a que un millón te admire un segundo. Que algún día se desaparece del todo, pero mientras tanto, es posible alimentarse de momentos. Por eso llego allí. Alguien le había dicho que sería uno más, pero que sería único, que hiciera lo que hiciera, sería único. Que allí los ganadores son todos los que empiezan, porque se vencen a sí mismos. Que las únicas y mayores victorias se ganan dentro de nosotros.

Y entonces, en un tiempo presente, como si despertara de repente y sin apenas darse cuenta, aquel soñador ve como miles de personas borran el asfalto de las calles. Se oye un estruendo, dos, tres. Suena una música estridente que eriza el vello y un río de colores empieza a deslizarse. La gente en pie anima, aplaude,

grita, son parte de aquello, se confunden entre los sonidos del esfuerzo sin moverse del sitio. Aquel soñador es llevado en volandas; siente que se levanta del suelo como si fuera una hoja empujada por un vendaval descontrolado, y así empieza a alejarse de aquel sitio al que llaman Cabezón de la Sal.

Después, cuenta aquel soñador, que se enfrentó a sus miedos luchando contra criaturas con nombres de montaña. Que atravesó valles que hacían ver visiones, donde el verde tiene un tono diferente y las nubes pueden ir y venir a su antojo. Donde el sol se esconde jugando con las piedras o el aire, y las plantas pueden oír el sonido de los animales.

Cruzó ríos por puentes antiguos y atravesó pueblos donde pudo calmar su sed y su hambre. Y también cuenta aquel soñador, que antes de enfrentarse a su último fantasma, de nombre Negro, se cruzó con niños que le ofrecían sus manos para que las tocara, creyendo aquellos, quizás, que el ánimo de intentar las cosas imposibles se puede transmitir por las yemas de los dedos. Y fue allí donde aquel soñador sintió que era único: cuando tuvo la visión de todas aquellas personas, que de pie, en aquella montaña, le reconocieron. Allí recordó su sueño y lo entendió todo.

Aquel soñador cruzo la puerta de ese lugar lejano, esa que da paso a los momentos felices. Sintió el calor de la gente y supo que se había vencido a sí mismo. Aquel soñador podría ser cualquiera... podría ser yo.

En aquel valle aprendió que no somos lo que atesoramos, somos lo que superamos. Aquel soñador y su sueño son ya parte de Los 10.000 del Soplao.

TRES, DOS, UNO...

Yaiza Quintana Martínez

Es muy temprano, hace fresco fuera y no he dormido demasiado bien, son esos nervios típicos del día anterior a alguna experiencia emocionante. Él está a mi lado con los ojos cerrados y le observo descansar durante unos minutos.

Me hace ilusión comenzar un nuevo día juntos, casi nunca tenemos la oportunidad de hacerlo. El despertador suena poco después. Anoche lo dejamos todo preparado, así que solo nos queda coger fuerzas con un buen desayuno y encaminarnos hacia nuestro reto.

Aumenta el ambiente cuanto más nos acercamos, hay gran cantidad de gente en los alrededores, tanto participantes como amables habitantes de la zona que se han acercado a animarnos a pesar de la hora.

Ya estamos en la salida, rodeados de personas dispuestas a luchar contra su propio cuerpo para conseguir su objetivo. La multitud me tiene ensimismada y a la vez estoy tan concentrada que me parece estar sola en el centro de un vacío inmenso admirando un paisaje que sería capaz de embriagar hasta al más acérrimo de los defensores cosmopolitas.

- ¿Estás lista?

No se oye respuesta alguna.

- ¡Ey! ¡Que si estás lista!, estás en Babia.

- Si, por supuesto; respondo de inmediato sin saber con certeza cuál ha sido la pregunta.

Como en una ensoñación, me veo cruzando la línea de meta, derrengada pero también sonriente y orgullosa de mi hazaña. De repente una bocina rompe mi burbuja, es la hora de empezar a caminar. Nos miramos fijamente, sabemos perfectamente lo que el otro está pensando, vamos a por ello y lo hacemos de la mano. Nos besamos, ahora empieza la aventura.

Una marabunta de colores fluye lentamente inundando las calles de Cabezón de camino a lo más alto. Distintas velocidades, distintos medios, pero todos con un objetivo común, conseguir superar el infierno. El público aplaude al vernos pasar, es una sensación increíble.

La primera subida es dura pero apenas hemos empezado, las fuerzas están intactas y los ánimos por las nubes. Una vez llego arriba respiro profundamente, estoy viendo mi segunda prueba, el cortafuegos. Es una bajada difícil por lo resbaladiza y empinada, tengo que tener cuidado para no lesionarme. La pendiente es pronunciada y me cuesta bajar, a veces la única solución es echar el culo al suelo para evitar males mayores.

Llegamos a Riente, precioso pueblo en el valle de Cabuérniga. Hay muchas pancartas de apoyo, se oyen distintas conversaciones y jaleos:

- ¡Cuidado!, pasa una bici.

- ¡Mamá, mira! Una bici de dos personas.

- ¡Vamos chavales! ¡Vais genial!

Y entre todo el barullo oigo gritar mi nombre, giro la cabeza sin creérmelo, vengo de fuera y no conozco a mucha gente en la zona. Pero si, es a mí a quien llaman, es un subidón de adrenalina que no esperaba y que me da fuerzas para continuar.

Él me acompaña continuamente pero el sol aprieta y está empezando a hacer mella en mí. Me cubro bien la cabeza para evitar los rayos directos. Aun así voy perdiendo fuelle, mi cuerpo

me dice que no puede más pero como si de dos entes separados se tratase, mi mente grita aun más alto:

- ¡Tu puedes!, no te rindas, no te rindas nunca.

Nos adentramos en el bosque, para mí es como un oasis en el desierto más arduo, la sombra, la brisa que se desliza suavemente por mi piel, me he recuperado por completo y ya se empieza a escuchar la música y el ruido del avituallamiento de Ucieda.

Hemos superado los primeros dieciocho kilómetros y es el momento de reponer líquidos y energías.

El siguiente tramo lo aprovecho para observar el paisaje, la naturaleza que me rodea. La paz que siento al respirar el aire de ese bucólico entorno me hace olvidar el esfuerzo y el cansancio acumulado. Voy a su lado, dando un paseo romántico.

Estamos subiendo de nuevo, es el prelude del Toral, el tan temido Toral que a todos asusta con tan solo nombrarlo. Y ahí está ante mis ojos, con su enormidad, prácticamente un muro vertical cuya cima debemos alcanzar. Sé que soy capaz, ya he llegado hasta aquí y ahora no puedo echarme atrás. Voy paso a paso, a un ritmo lento pero sin detenerme, creo que si continúo así llegaré sin demasiada dificultad.

¡Estoy arriba! Al final no ha sido tan complicado como esperaba. El viento sopla fuerte, hay que abrigarse pero ya solo tengo que dejarme llevar, a partir de este punto el recorrido es más fácil.

Después de ponerme las botas comiendo con las manos a pesar de tenerlas llenas de barro, empieza una dura bajada, muy larga. Llego a Mazcuerras con las rodillas destrozadas, pero lo que queda es terreno llano, estamos en la recta final. Es mi último esfuerzo, camino lo más rápido que puedo entre bromas, parezco un pingüino por mi forma de andar. Al fondo vemos unas vallas naranjas, la meta ya está ahí, hay que quemar los últimos

cartuchos.

El público aplaude, me crezco, nos damos la mano, queremos pasar la línea final a la vez. Y ahí estamos, es mucho mejor de lo que había imaginado, me siento fuerte, nos abrazamos, ¡lo hemos conseguido! Los músculos están agarrotados, la mente agotada, pero la sensación global es de satisfacción, por haber logrado el reto.

Ya en la cama comentamos la experiencia:

- Ha sido un día estupendo, buen tiempo, buen ambiente, me ha encantado.

- A mí también, toda esa gente animando te hacía avanzar sin quererlo.

- Estoy orgullosa de ti, de nosotros, lo hemos hecho.

- Yo si que estoy orgulloso, lo has hecho genial. Te quiero amor, buenas noches.

- Hasta mañana, buenas noches mi sol.

Muchos momentos diversos en un mismo día, emoción, nerviosismo, felicidad, esfuerzo, cansancio, ganas de rendirse, ánimo y fuerzas para continuar, amistad, belleza, apoyo, amor...

Han sido muchos kilómetros y otros tantos momentos, todos y cada uno de ellos suman esos 10.000 que nunca defraudan.



Escalando hacia la meta. Ana Mª Fernández Rodríguez.

HOMENAJE A ...

Francisco Sánchez Lavín

Quiero rendir homenaje
a los "10.000 del Soplao"
y a los organizadores por el éxito alcanzado.

Gracias a Chuchi Maestegui
que tuvo, una idea brillante
y ha colocado, esta prueba como la más importante.
Con el talento de Dani
que diseñó el anagrama y pasea, por los montes
abriendo la caravana.

El emblema, de esta tierra
que representa, una vaca
que heredó de su familia
el amor por la tudanca.

Con la bici de la fuente
que todo el mundo visita
ó ese montañés que ha puesto
en la huerta de Jovita.

Que se han hecho populares
como un símbolo del pueblo
todos se hacen una foto para llevar de recuerdo.
La estampa de "Los Peralos"
con albarcas y bastones
y la primitiva bici

Emociones en la meta. Margarita Carrera Cobo. Primer Premio.



que lleva Pedro Salmones.
Cargada de objetos varios
de lo más original
está preparado a tope
hasta lleva un orinal.

Hay gente por todas partes
la Avenida, es un clamor
con miles de bicicletas
de diferente color.

Cuando, resuena la traca
y empieza la cuenta atrás,
se desborda la emoción
sobre todo lo demás.

Todos los participantes
saben que van a sufrir
calambres, frío, fatigas
pero vuelven a venir.

Arriba puede haber nieve
que les haga tiritar
y abajo tener calor que les cueste respirar.

Temen que en este calvario
alguno no lo soporte
se conforman con llegar
es, el Infierno del Norte.

Aquellos que les preguntas
si les gusto el recorrido
todos contestan que nunca
vieron algo parecido.

En media España se habla

de la subida al Moral
de Negroo, Fuentes y Socava
o la cuesta del Toral.

Los cuatro primeros años
yo también colabore
en el Alto Venta Vieja
muchos fríos soporte.

Cuando no se usaba el chip`
y había que ticar a mano
vi sufriendo a mucha gente
del esfuerzo sobrehumano.

Nadie podía imaginar
que nunca una carrera local
llegara en tan poco tiempo
a tener fama mundial.

Que crece continuamente
con una marcha imparable
aunque para los de montes
no les resulte agradable.

Merece especial mención
los de la ruta adaptada
al ver su feliz sonrisa
en sus caras reflejada.

A todos mi enhorabuena
en la novena edición
por "Los 10.000 del Soplao"
orgullo de Cabezón.



No sin mi bici. Margarita Carrera Cobo.

MI SOPLAO

Julia Erazo Presser

¡Por fin! Ha llegado el tan temido y ansiado momento -23 de mayo- mi primera participación en los 10.000 del Soplao, modalidad maratón, estado: ilusionante.

Nunca imaginé llegar a este punto de locura puesto que el deporte nunca fue una preferencia en mi vida.

Sin embargo, un día, hoy hace dos años, me aventuré a una salida por el monte con mi pareja y aquello supuso un punto de inflexión. Correr por montaña ha pasado a formar parte de mi vida, y estos dos años de entrenamientos y pequeñas carreras me han traído hasta aquí, a Cabezón de la Sal, donde se espera participemos más de 10.000 deportistas en las distintas pruebas organizadas por montaña principalmente, y mar; rodeados de unos parajes sin igual donde el verde de los montes se precipita sobre el agua salada y donde la naturaleza en estado puro nos hace sentir libres.

Este maravilloso entorno nos acompañará a lo largo de las distintas pruebas, todas ellas ideadas y concebidas bajo el mismo manto: "El Espíritu del Soplao". Espíritu que aúna valores como el esfuerzo, el tesón, el sacrificio, la ilusión y el valor. Sí amigos, valor, valor para imponerse un reto, una meta y una lucha por cumplirlo.

Tengo mi dorsal y mi ilusión, no me hace falta más, aunque el ambiente que respiramos ya desde las 07:00 de la mañana, no hace sino sumar ganas y optimismo.

Impresionante multitud, formada por participantes y público. Querido público que nos aplaude y anima desde la salida hasta la meta y que nos alienta por los distintos puntos del recorrido. Nada me puede frenar, voy a acabarla y a disfrutar, disfrutar del recorrido y las sensaciones, atravesando bosques, ríos, recorriendo las crestas de los montes que me permitirán contemplar cumbres nevadas, paisajes montañosos, abruptos y puros.

Disfrutar con la dureza de la prueba, recorrer sus 47,5 km. y abrazar a mi marido que me espera con los ojos humedecidos, se convertirá en un recuerdo inolvidable. Y cuando transcurran los años, seguiré esbozando una sonrisa, y recordando con satisfacción la hazaña realizada, pensaré: "Yo hice el Soplao".

Por supuesto, no debo olvidarme de aquellos que de forma desinteresada han permitido que miles de nosotros podamos vivir esta experiencia única. A todos ellos, GRACIAS, GRACIAS DE CORAZÓN.

CRÓNICA DE UN SOPLAO

Roberto Alba Echevarría

Ostia! Que me la doy! La bajada de esta ladera ha sido espectacular! Qué subidón de adrenalina! Siempre me pasa igual, me entusiasmo bajando, cojo velocidad y me embalo hasta que se presenta la curva que me obliga incluso a derrapar para no precipitarme fuera de la pista. Y es que bajar corriendo nunca tuvo misterios para mí y aquellos que me adelantan en las subidas del monte, donde resoplo más que una pareja de bueyes arrastrando la piedra, se ven sorprendidos cuando les paso a una velocidad de vértigo en las bajadas.

La cosa cambia cuando me tengo que agarrar con uñas y dientes para superar la verticalidad del Toral. ¿Quién coño habrá puesto esta pared aquí?! Ya queda menos, y voy devorando los kilómetros que se me presentan en el camino, animado por personas desconocidas que me aplauden y animan a seguir adelante, a no decaer y a cumplir el sueño para el que me he preparado tanto tiempo. Trato de ayudar a un compañero de carrera, tirado en el suelo, gritando de dolor. Prefiere que no le toque, tiene calambres y se le han subido los gemelos, me dice que continúe. Supongo que sabrá cómo superarlo.

He cruzado un río y atravesado bosques, he visto a lo lejos las cumbres nevadas, he corrido por las crestas, sintiendo el vacío a ambos lados, maravillado por las espectaculares vistas de nuestros montes. Nunca antes había corrido un maratón de montaña como éste y es que "Los 10.000 del Soplao" no dejan indiferente a nadie y este año menos, ya que se ha conseguido

LAS COMPAÑERAS

Rafael Luengo Barrios

congregar a más de diez mil participantes en Cabezón de la Sal, todos unidos bajo el mismo espíritu. El “Espíritu del Soplaio” que enaltece valores como el esfuerzo, el sacrificio, el afán de superación y el amor a la naturaleza. Más de diez mil locos, venidos de todas partes ya que la prueba tiene alcance internacional, dispuestos a darlo todo y lograr cruzar la línea de meta.

¡Lo hago! ¡Cumplo mi sueño! Cruzo la meta, el premio es considerable, una satisfacción única, exhausto y agradecido. Agradecido a la gente que organiza este tipo de pruebas y que nos permiten disfrutar vivencias y conocer lugares que de otra forma sería muy complicado llevar a cabo. Por ello, os animo a seguir en la brecha y a dar satisfacción a miles de “Soplaos”.

¡Por fin llegó el día que, como compañeras inseparables, tanto hemos esperado desde el temor y la ilusión! Los 10000 del Soplaio.

La grandiosidad creada desde horas antes de la salida contagia a los habitantes y lugares de Cabezón de la Sal. Se puede sentir en el ambiente como se va extendiendo por todo el recorrido.

Desde la salida, el compañerismo nos hace sentir que todos somos iguales y formamos una gran unidad.

Los pueblos y los caminos nos reciben con alegría y admiración. Sus gentes salen a nuestro paso y nos llevan en volandas hacia el siguiente tramo.

Siempre voy delante de mi compañera de aventura. A ella no le parece mal. Ya se ha convertido en costumbre. Esta estrategia nos ayuda a llegar juntas.

¡Ya hemos hecho muchas rutas!

Pero la singularidad del recorrido de los 10000 del Soplaio, hace que la de hoy parezca diferente.

El contacto con el asfalto primero, la tierra después, el verde del camino incluso las piedras durante el trayecto, todo se une con el único objetivo de hacernos disfrutar.

Contemplo a mi compañera en silencio. Ella tampoco dice nada. Imagino que la causa es la fascinación del recorrido.

Pasan los minutos, pasan las horas. La inclinación del camino en la subida nos hace concentrarnos en el esfuerzo. En el descenso sustituimos el esfuerzo por atención.

Hay más subidas y más bajadas donde otros participantes nos adelantan.

Y... ¡Cómo no! Nosotras también adelantamos a algunos. Tampoco tiene importancia. Toda forma parte del reto del Soplaio.

Los puestos de avituallamiento, bien equipados, nos ayudan a recuperarnos y nos convencen de que es posible completar el recorrido.

Durante todo el trayecto los habitantes y visitantes continúan situándose a lo largo del camino. Muchos de ellos estarán entre los participantes el año próximo, algo que seguro anhelan desde el momento que pasamos a su lado.

Una nueva subida nos hace dudar brevemente del logro a realizar. Pero la unión del trayecto con los participantes nos hace vibrar literalmente y sobre todo creer.

Mi compañera me sigue a escasa distancia.

El lento paso por el puente de Riente nos hace comprender que realizar esta ruta es como recorrer un museo al aire libre: paisajes y monumentos a los lados de la línea trazada por los caminantes a modo de pasillo, componiendo la historia del lugar.

Sentimos el aire fresco del atardecer y con ello la cercanía del final. Se mezcla la alegría del logro con la tristeza del final de la jornada.

En la lejanía, la música y las voces de ánimo entremezcladas, más elevadas aún que las escuchadas anteriormente, presagian una meta cercana.

Unos minutos después la cruzamos una detrás de la otra.

Los reflejos de algunas cámaras fotográficas, los brazos de la gente que se ha desplazado a la meta y, sobre todo, la fugaz sombra del cartel de meta nos hace sentir importantes. Tenemos una extraña y casi olvidada sensación de descanso, pero a la vez estamos muy exultantes.

El ciclista se baja de la bicicleta orgulloso y su primer impulso, incluso antes de quitarse el casco le lleva a comprobar que ninguna de las dos tenemos ningún pinchazo o deterioro significativo.

Mi compañera permanece detrás de mí, unida como siempre por un llamativo cuadro metálico

El trato es con delicadeza, con mimo. Todo de acorde con nuestros méritos.

Nos apoya cuidadosamente junto a un muro cercano.

Desde la distancia, el ciclista gira la cabeza y nos contempla con complicidad, con el orgullo compartido del trabajo bien hecho.

EL SOPLAO DESDE LA BARRERA

Gema García Navarro



Un reto juntos. David Cano Meléndez. 2º Premio.

Escuchando el otro día a los AC/DC en Madrid, me di cuenta que era la segunda vez que sonaba de una forma emocionante el Thunderstruck, si cabe la emocionante había sido unos días antes en Cabezón de la Sal, a las 8 de la mañana.

Yo no monto en bici, solo hacia delante, si hay que torcer o cuestras me bajo giro la bici y hago el movimiento, pero todo se andará. Participo de El Soplao como mera acompañante y espectadora.

Los meses de duro entrenamiento, sin tiempo, de sacrificio, de frio, de dolor, de cansancio, de ajuste de comidas, de tremendos madrugones el fin de semana, de reajustes en la bici, tienen por lo visto el premio en las carreras.

El Soplao, suena recio, duro, desafiante. Más si ha habido algún primer intento y la inexperiencia hizo que el final de la carrera no se produjera.

La primera vez que lo vi, estaba situada en una de las curvas de la calle principal por dónde sale la carrera, a unos metros de la meta para ver la salida total de los ciclistas, como unos 15 minutos saliendo ciclistas, en esta ocasión si no me equivoco fueron 19 minutos. En aquella ocasión cuando empieza la cuenta atrás, los cohetes y los AC/DC te invade una emoción que no sabes muy bien por qué pero te hace vibrar, el calor de la gente, lo animoso que está el pueblo desde el día anterior.

Fue emocionante, yo vi pasar al ciclista, y ya sabía que empezaba su ilusión y me fui. Esta segunda vez, llegamos y si cabe fue más emocionante porque el ciclista llegaba con un brazo roto, operado, recuperado vuelto a operar y recuperado, con un Soplo de la edición anterior que no se pudo hacer por la citada operación y en el que había participado nuestro hijo con la ilusión de acabarlo y que acabó. No se pudo combinar todo.

Cuando el día 23 dio salida la gran carrera y los ciclistas habían hecho el paseillo con sus gafas, sus ánimos, sus bidones, sus admiradores en la barrera, cuando ellos iniciaban el juego, en Cabezón todavía quedaban muchas emociones.

Me quedé allí, con las gafas de sol puestas a las 8 de la mañana porque la emoción te hace llorar, y el presentador fue anunciando las diferentes salidas que seguían a los ciclistas. Como si se abrieran unas compuertas en un embalse, las calles de Cabezón albergaban otros tres grupos de deportistas que estaban dispuestos a cubrir su sueño. No recuerdo si el orden fue así, salieron primero los que realizan el recorrido andado, animados, en grupos, con camisetas personalizadas, con sus mascotas, con trajes antiguos, gente con alegría saludando como en un desfile, como una pasarela. Otros valientes.

Luego salieron los de la maratón, son fuertes, aquí no hay media tinta y creo que poco posturo, si estás preparado lo haces, todo musculo, caras concentradas y entrenamiento. Apuesta ganadora.

Por último y en mi sentir lo más emocionante, la gente con alguna discapacidad emprendían el recorrido, mi respeto mi reconocimiento y mi admiración, para todos ellos, para sus acompañantes y para su valentía que hacen que estén ahí a las ocho de la mañana sonando los AC/DC, y que yo en dos años haya sido bastante cobarde para preparar la prueba.

Cuando todos pasan la plaza se queda vacía como después de

unas fiestas populares. Un saludo al genial Oscar Freire que pone otra nota agradable al comienzo del día. Un campeón. Entonces empieza la pregunta ¿Dónde veo yo la carrera? Este año me dirigí al avituallamiento de Bárcena la Mayor, una carrera de este tipo condiciona carreteras, aparcamientos, pasos por los pueblos, la experiencia te avisa de que toda precaución con el tiempo estimado de llegada es poca.

Mientras yo solo disfruto del paisaje de los preciosos pueblos de Cantabria que voy atravesando, pienso que más de 4000 ciclistas andan por las montañas llenándose de barro, comiendo geles y barritas, sudando encima de una bici, desde luego las montañas se convierten en un parque de atracciones para ellos, aunque en la meta luego se recoja mucha dureza y sufrimiento.

Llego a Bárcena la Mayor cuando el avituallamiento se está empezando a preparar, como una cadena de hormigas, los voluntarios se encargan de bajar plátanos, bollos, bocadillos, de las furgonetas e ir disponiéndolo sobre las mesas colocadas en la carpa blanca. Según avanza la hora en la que el más rápido hará entrada, bueno pasará "volando" sin detenerse por el avituallamiento simulando a los americanos en la película Bienvenido Mister Marshall, va llegando el público, la radio local, la organización, y empieza a crearse un punto dónde sabes que va a haber fiesta en las próximas una, dos, tres horas.... Cuando pasa el dorsal, que tú estás esperando, bueno más bien el casco primero, luego la identificación de los colores del maillot, te invade una alegría pensando: "bueno ya hemos llegado hasta aquí", es un momento clave de la prueba, y las palabras Moral, Negro se meten en nuestra conversación hasta pasadas varias semanas.

Yo me vuelvo hacia la meta, aparcaré lejos seguramente y Cabezón de la Sal empieza a volver a recuperar el ambiente de las 8 de la mañana si cabe ahora con mucha más gente y con las emociones encontradas.

El marcador digital avanza, avanzan minutos, entran dorsales, grupos, amigos, parejas, entra algún maratoniano, los primeros caminantes. La meta es sin duda un lugar lleno de emociones, es la alegría y la recompensa al esfuerzo, esperando las horas a que llegue y que no te despistes en ese momento vaya a entrar y no te enteres. Y otra vez vuelvo a estar aquí con las gafas de sol puestas, de lejos en la curva ya he visto el casco rojo y blanco y el maillot, en esta ocasión azul oscuro y celeste.

Volveremos a Cabezón de la Sal.

¡ACCIÓN, SE RUEDA!

Juan Medina Barradas

Desde Cabezón de la Sal, egregia y afamada población montañesa, con La Pesa, cuna del más célebre de los bisontes, el sol parecía haberse marchado por su cuenta no queriendo salir entre las nubes, siempre amenazantes, con hostigar más si cabe al ilusionado pelotón de más de 1.800 almas. Sueños, noches en vela, todo pasaba a la reciente historia de cada participante y por delante....un bello infierno, un majestuoso trazado por las zonas más salvajes de la Cantabria Occidental. Los llamados a la escabechina organizada aparecían ataviados con lo mejor de cada casa, alimentados con los sobaos de la tierra y los cocidos montañeses del día anterior, esbozaban una sonrisa quieta, no exenta de recelo, de nervios mudos y contenidos, de saberse en un momento y hora protagonistas de un acontecimiento único, sobresaliente, irrepitible, excepcional, sin parangón, para mucho inhumano. La suerte estaba echada.

Se ha dado el pistoletazo de salida y el pelotón ha comenzado a salir a borbotones, por esa Avenida de Cantabria, linda y arbolada, jalonada por los aplausos sinceros de la muchedumbre, que aplauden con entusiasmo a los aventureros y osados que un día se inscribieron en los 10.000 del Soplao. También cuentan que algunos, cuando ya salen de la población de Cabezón y afrontan el camino por La Hayuela parecen oír, entre el murmullo del jaleo temprano, la risa sardónica del Jocker. ¡La fiesta ha comenzado danzad malditos danzad!

Atrás han quedado muchos meses de denodado sacrificio y duro

entrenamiento, muchas horas de soledad, al margen del contacto humano, para preparar esta aventura. Atrás han quedado esas ojeadas al almanaque y la visión de esa cruz marcada en rojo que ya por fin alcanzó su día en el calendario. Y a pesar de todo muchos pondrán tal vez el pie en tierra y maldecirán el momento en que acudieron. Una media de 8, 9 ó 10 horas encima de una bicicleta para algunos, para otros más de una docena y eso si tienen la suerte y la fuerza de terminarla.

Pero conviene saber una cosa: Los infiernos a diferencia de los escenarios normales de la vida cotidiana, no obedecen al canon del sufrimiento esperable y medible. Son caprichosos, diabólicamente antojadizos, y la incertidumbre es la moneda de cambio para transitar entre sus dominios. Porque los sufrimientos e imponderables uno no los elige, aunque a veces lo parezca, éstos llegan como llega el amor, sin avisar, y como dijera un alma en pena en esas lides, *ese amor representa a una montaña que en su insistencia conquistar no pudo, y sin embargo, por ella, ¡qué daría! Si no la vida entera en una lata, que lanzaría entonces sin respiro para oírla maldecir entre las rocas y escuchar su sonido de hojalata.*

A veces, en este caso, el deportista, ha de enfrentarse cara a cara con una verdad que sobrepasa el umbral de la fatiga y hace crecer a golpes la agonía. Si, inconscientemente necesitaba experimentar un dolor que le hiciera superarse a si mismo y sentirse en ese instante como el ave fénix, renaciendo de sus cenizas y retomando el control dentro del caos dejándose caer hacia el Valle de Cabuérniga después de jugar a ser una aprendiz de héroe. Por hoy era suficiente. No sigamos jugando con fuego, que el infierno no atiende a desvaríos.

Y como glosara el poeta que una vez sobre Piedrasluengas o tal vez fue sobre la collada de la Hoz, de Carmona, o del Soplao, se puso a contemplar el pasar de los que aún quedaban, y empezó a escribir a pie de enclave posiblemente sobre algún asomadero de ventanucas furtivas y miradas indiscretas, lo siguiente:

No cedo como el ciclista/como el ciclista otrora el que comienza/a divagar sobre su mente y sueña/con llegar pronto a una cima./ De pronto el malestar le avisa,/ el dolor de piernas se acelera./ Y en el ascenso a la cumbre,/ no se ve salir el sol entre la niebla/que con sus rayos alcanzase/la faz toda empapada del atleta,/ más se dibuja una figura de semblanza/ antesala, tal vez, de una masacre./ Y rivales en ristre que encadenan/ inoportunos baches de pobreza/ ante pendientes acres, que no cesan,/ y acrecienta, sin duda, la fatiga./ Ahora comienza tu leyenda.

Si el autor de Peñas Arriba, ese Cervantes de las letras cántabras, José María de Pereda, levantará la cabeza se uniría sin duda a la comitiva del Soplao para rendirle tributo en forma de elegía, si de lamento por las almas perdidas del infierno y es posible que acudiera a Puentenansa, cruce de caminos, donde si unos van hacia Carmona, hay otros que hacia Poblaciones pasando por los dominios de Nuestra Señora del Carmen o un poco más lejana la de Garabandal, y los hay también que vienen de La Hermida o bien de Rábago, pero lo ínclitos apenas cruzan la mirada, siguen impertérritos en su camino, su ritual de cada año en busca de la ansiada meta, algunos cabizbajos sacando chepa como "juanjacobenses" en ristre, otros algo más risueños muestran sus rostros bañados por la sal perdida. Y los hay que al pasar muy cerca de Potes debieron pensar, por un instante, lo bonito que hubiera sido dar la vuelta y yantar, en alguno de sus recovecos, cocidos lebaniegos o lenguas de ternera en salsa regados con los caldos de la tierra y echando unas risas satisfechas. Más poco tiempo tienen de pensar en ello si es que tienen las almas pensamiento. También hubieron quienes nunca llegaron a sus estribaciones y como puñales quedaron clavados en el maldito asfalto, ¡Qué más da!, volverán otro año ya lo verán. ¡Así es de encontradiza la naturaleza humana! ¡Así de hechicera esta Cantabria!

¡Corten la toma es buena!



Sombra de la autosuperación. Sara Ruiz Andrés.

ESCARNIO Y CLEMENCIA (Una breve crónica de "mi Sopla")

Pablo de La Vega-Hazas Porrúa

El grupo "Fito & brothers al Sopla" llevábamos dos meses preparando este día con ilusión y hoy, a las 7:12 horas, me encontraba, por fin, en Cabezón, sacando la bici del coche, cuando, ¡¡HORROR!!: Me había dejado las zapatillas en casa!!!.

Instantáneamente decidí que ese "detallito sin importancia" no podía estropearme el día: Vuelta a meter la bici al coche y "ligerito" para casa. Omitiré cualquier referencia al viaje de vuelta/ida o de ida/vuelta a Santander, pero lo cierto es que a las 7:53 estaba en el arcén de la carretera nacional a la salida de Cabezón (ahí se quedó el coche) y, tras calzarme "las olvidadizas", pude llegar a tiempo para tomar todos juntos la salida.

En los primeros kilómetros me encontraba en clara desventaja. Era consciente de que estaba participando en mi particular triatlón, el triatlón de los idiotas, y que ya había superado con nota la primera prueba: la automovilística, si bien a costa de agotar mis reservas de hidratos: Conducir con tensión, cansa, mejor dicho, agota.

En los siguientes kilómetros me venía a la cabeza, una y otra vez, la definición de ESCARNIO: "Burla tenaz con el propósito de humillar".

Pasaban los minutos y, de manera recurrente, tenía las palabras:

Burla, humillación, tenacidad, martilleándome sin cesar.

Había dejado atrás el Soplo y me quedaba muy poco para coronar la Collada de Carmona. La segunda prueba iba camino de ser superada también con éxito, casi sin darme cuenta. Ya solo quedaba la tercera y, otra vez la cabeza martilleándome: burla, humillación, mis amigos, los conozco bien, mi familia.....también ¿cuánto tiempo durará EL ESCARNIO?, ¿Qué pasa, que nadie olvida nada?

En eso estaba cuando crucé la meta: 121,40 Kms. 20,03 de media. 6h:3m:36s. ¿Objetivo cumplido? Si hay CLEMENCIA sí. Si no, mucho me temo que tardaré en superar la tercera de las pruebas del triatlón de los idiotas.

LO IMPOSIBLE

Eduardo González González

Anclada en las rosadas piedras, contempla con inquebrantable quietud a la multitud. Un año más, la noche trae de su mano una fina capa de agua. A cada minuto, una cabeza se levanta y cuestiona al cielo. Sobre la sierra, el ligero e inconfundible manto blanco que viste el Escudo los días de lluvia.

Se respira un ambiente especial. La ilusión y los sueños inundan los corazones. Cientos de estómagos hormigueantes van de lado a lado buscando unos ojos, buscando una cara. Se percibe un halo sobrenatural. Una extraña fuerza interior invade cada ser, y les hace sentir posible lo imposible.

Manuel, inmóvil, observa el trasiego de gente. Debajo del balcón se protege de la lluvia. Apenas consigue ver un enorme camión, el andarán, la bicicleta y gente, mucha gente. Los foráneos pasan de largo; pero algunos, los del pueblo, le saludan al paso "Manuel, vaya lío que hay montao, ¿tú qué tal vas?". Parco en palabras, una sonrisa ilumina su rostro. Allí, sentado en su silla, apenas puede contener las lágrimas. Sus manos entrelazadas alternan pequeños juegos sobre sus inmóviles piernas y su cabeza no deja de recordar, de imaginar, de soñar.

"!El infierno está a punto de comenzar!" brama el locutor mientras la música trata de acallar el murmullo de la multitud. Las pieles aparecen. Manuel, desde su posición apenas lo ve pero el movimiento de la gente hacía las vallas se lo anticipa. Las luces se apagan. Es la confirmación. La formación se sitúa frente a los

participantes y la danza ancestral comienza. Momento de meditación. Por delante una noche y un día para recorrer bosques de Anjanas, para superar el dolor, para hacer realidad el sueño; acabar, ganar, disfrutar, superarse, cualquier objetivo tiene sitio y ayuda a mantener el fuego del infierno.

La distancia (y las lágrimas) ,apenas le dejan intuir la danza. Apretando los puños trata de detener el llanto. Inmóvil sobre su silla mira sus inmóviles piernas. Nadie se imagina lo que ha sufrido, lo que ha llorado. Los últimos seis meses han sido un infierno para él. Médicos, pruebas, analíticas...nadie pudo decirle por qué, pero sí le dijeron que no volvería a andar. Pero no se iba a rendir, no estaba dispuesto.

La danza termina y el griterío de participantes y público se vuelve ensordecedor. La cuenta atrás da comienzo, diez, nueve, ocho, siete, seis; todo el mundo lo corea, cinco, cuatro, tres; la plaza es un clamor, dos, uno...el ensordecedor ruido de la traca inunda la calle y los valientes inician su andadura bendecidos por el humo .

Sobre su silla de ruedas, Manuel también ha iniciado su cuenta atrás. Le queda un año. Un año para estar delante de las pieles, un año para bendecirse con el humo, un año para hacer posible lo imposible.



La serpiente cántabra. José A. Viñas López.

SUCESIÓN DE EMOCIÓN

Susana Llerandi Aladro

Mi Soplaio lo componen quien me habló por primera vez del 'Infierno cántabro' y a quienes yo he contagiado lo placentero del esfuerzo y se animaron a probar; una canción, todos sabemos cuál; la generosidad de quien deja su casa sin pedir nada a cambio o la de quien se va al monte con agua para enjuagar gargantas anónimas con regusto a polvo; y el orgullo de unos padres ante la que creen la hazaña épica de la familia.

Son trimestres de caminatas y de explicar por qué quieres volver, días previos de platos de pasta aliñada con el temor a fallar; la recurrente pesadilla de llegar tarde a la salida, de que todo se convierta en una carrera de obstáculos insalvables; es aprender de memoria una previsión meteorológica que siempre se torna imprevista; y también postrimerías de mayo contando penurias pasadas, recopilando fotos y vídeos, consultando clasificaciones que no clasifican.

Mi Soplaio es el fuego de las antorchas, la admiración a los ultramaratonianos que se pierden en la noche, aspirar a tener su fortaleza; es la ambición de un reto propio, el de quien apenas hacía deporte y ahora se pasa el año subiendo picos y bajando cuevas que, lejos de Cabezón, recuerdan cortafuegos.

Son listas de nombres en la carpa, bridas e imperdibles para colocar dorsales; es la pereza de desatar los cordones para colocar el chip; desvelos asumibles y ese resorte que te levanta de

la cama; es un café con prisas y el 'no me entra nada en el estómago'; son calles copadas de maillots sobre ruedas; es la fría impaciencia de las ocho menos diez, la templada calma de y media.

Es la rotonda y es Carrejo, es un puente estrecho y de piedra, un bebedero y varios cencerros; caras conocidas, varas de avellano y cábalas de kilómetros que cada vez se alejan más de los 50; es el verde brumoso de mi paisaje cántabro, el 'adelántame si te estoy interrumpiendo' y el 'yo bajaré despacio'.

Es ese dolor intermitente que a las dos de la tarde te repasa los músculos, va de la rodilla a los tobillos, vuelve y, al final, desaparece; es el miedo al desánimo y el ánimo al que decae; son improvisados compañeros que, entre charlas fugaces y alientos entrecortados, también vienen y van; es la fuerza que da la música, son kilómetros de interminable pista y son muchos últimos esfuerzos; es que te adelante quien, sin dormir, sigue corriendo.

Sabor a plátano pero olor a salchicha; pensar que el mejor lugar del mundo está en El Cerezo y que los aplausos que más se agradecen, en lo alto del Toral. Es cumbre tan mullida y verde que pareciera un paseo.

Es compasión por el que se rompe y el ejemplo del que lo intenta un poco más; la valentía de sobreponerse, las sombras sobre los caminos, el dejar atrás la tierra y enfilarse la carretera; es pensar en el fin y en el tiempo, en contener lágrimas; es dudar de si te aplaudirán aunque no te conozcan, en si estarán los que te conocen, en si te abrazarán, en que volverás y, si no te duele mucho, en que te superarás. Es pensar en una cena en la que no se hablará de otra cosa.

Es dar un último paso y gozar de tu meta. Es un parque en el que sobre la hierba sólo hay ganadores. Es devolver los ánimos prestados regalando aplausos a quien llega después.

Mi primer Soplao fue un infierno de lluvia y barro y casi la soledad en la llegada; fue la incondicionalidad de los míos. Los dos siguientes, la gloria de las sonrisas y las calles repletas; los próximos, la esperanza de mejorar.



Día de convivencia. Sara Ruiz Andrés.

LA META

Juan Antonio Morán Sanromán

Ya ha contado cincuenta y seis dorsales rojos. Acaba de ver entrar en meta a la primera mujer de la prueba. A María, que se encuentra entre el público apiñado en la última curva, le ha sorprendido no encontrar en ella ninguna muestra de dolor. Después de cien kilómetros de esfuerzo, del sueño y el cansancio, de dieciséis horas de calvario, esperaba ver reflejada la satisfacción de haber superado un reto colosal, pero ha cruzado la meta, se ha sentado en el suelo, y se ha quitado las deportivas con un gesto de hastío, de quien se deshace de una molesta obligación.

María espera que Elena llegue pronto. Y espera más, espera que cumpla lo acordado. Nunca ha creído en la existencia de las soluciones rápidas y afortunadas, pero se cree con méritos suficientes para merecerlo.

Ella, desde que abandonó la casa de sus padres, ha vivido su propia carrera de fondo, llena de obstáculos, que ha supuesto mucho dolor resolver: el rechazo, la burla, el paternalismo retrógrado... el miedo a que te consideren diferente. Ha resistido trechos vitales tan escarpados que el abandono llegó a presentarse como una solución desesperada. Y tras toda una vida de trayecto en solitario, el camino le ha deparado un encuentro fortuito e inesperado con Elena; resuelta y transparente, liberada de cualquier conciencia de culpa, y sin la necesidad de plantearse hacia donde dará el próximo paso, porque su recorrido está

repleto de señales que ella se limita a seguir, sin detenerse, con la seguridad de que lo que hay por delante es aún mejor. Es posible que en esa infatigable confianza en “lo que está por llegar” radique su afición a las teleseries y su pasión por los *trail* de montaña: desde que Elena ha descubierto que la libertad siempre calza zapatillas de deporte no ha cesado en perseguirla por las alturas y sendas de donde la ha intuido.

A María le preocupa que el esfuerzo y el dolor de tanto ejercicio acabe convirtiéndola en una mujer insensible, pero también reconoce las ventajas: la emoción de las llegadas a meta, el orgullo de haberla visto crecer en cada una de las carreras, la fácil excusa para ir conociendo rincones y pueblos en los que no se habría detenido jamás... Y algo fundamental en su convivencia: los continuos entrenamientos de Elena le permiten largos periodos de independencia, y le ha permitido crear un escenario de presión propicio -o tal vez sea solo una buena justificación victimista-, por todas las horas que pasa sola, para exigirle un compromiso algo más definitivo.

- Está bien -le respondió Elena un mes antes mientras se dirigía a la ducha-, este año hago la ultramaratón en Cabezón, y si entro entre los 100 primeros de la prueba... nos casamos este verano.

Confiaba mucho en su palabra. Sólo le quedaba esperar. Ya ha contado ochenta y cinco dorsales rojos. Está algo alterada. Le crecen, por momentos, unas inmensas ganas de llorar, por el calor del público que recibe a cada participante como un héroe, por la emoción de ser testigo del júbilo de algunos participantes que se acercan a la meta, y porque desde hace un momento le ha parecido escuchar el lamento, muy lejano, de una ambulancia.

CAUCHO Y PIEL

Cristina Méndez García

-“Ve con cuidado, disfruta del día que además el tiempo va a acompañar porque esta “nublao” y así el sofoco será menor jajaja”. Dice Luisa a Ángel mientras éste apuraba el desayuno.

-¡Cómo eres!. Contestó él con una velada sonrisa envuelta en el entusiasmo que le suscitaba el día que tenía por delante.

Y es que desde el año anterior se preparaba para ese día. Siempre había sido un apasionado del ciclismo; desde pequeño con los vecinos del pueblo, con sus hermanos o con su padre, “la Zeus” había sido su más fiel escudero. Era como Sancho para Quijote.

A las salidas de la escuela, para ir hasta la finca a ver las vacas, y ya de más mozo para ir a alguna que otra romería o a su primer trabajo en Cabezón. Las responsabilidades de la vida adulta, su dulcinea y aficiones como la que sentía por el ganado Tudanco, habían enfriado esa relación tan estrecha que, con la recién estrenada jubilación, volvería a calentarse como la “Hergón” de la cocina de casa hace cada otoño.

Dejó a un lado el olor del chocolate que solía desayunar los fines de semana, y que impregnaba con su olor toda la casa, y tomó a su Zeus para dirigirse a Cabezón y participar en la ruta.

Para Ángel el mero hecho de participar era ya una honrosa victoria. Recuperar su antigua bici le retrotraía a momentos de su

vida que aunque no olvidados, se quedan en esas aristas que debe tener el cerebro que hacen que las cosas importantes de la vida, los momentos que la hacen única, se mantengan como relegados o apartados por las preocupaciones del día a día.

Los “achaques” propios de la edad quedaron disipados por el entusiasmo de Ángel ante la competición. Entusiasmo fruto de la afluencia de gentes en la comarca, de volver a ver a las jóvenes generaciones disfrutando con sus bicicletas, con amigos, vecinos, familiares, todos enardecidos ante una jornada que sin duda iría sobre ruedas.

Una vez avanzada la carrera, al ver en una orilla a un mozo arreglando un inesperado pinchazo, Ángel recordó de inmediato el “escudo de caucho” del que tantas veces hablaría su padre. Se trataba de las cubiertas que se cruzaban al hombro los “corredores” como se les decía por aquel entonces.

Su padre, que fue un gran aficionado al ciclismo, en innumerables ocasiones hizo referencia a las carreras en las que participó en sus tiempos jóvenes escoltado por ese “escudo de caucho” que tantos golpes amortiguó. De repente, Ángel se sintió como cuando de crío su padre le llevaba de paquete en la bici. Sentía entonces la velocidad como si fuese en la Rieju que su padre tenía, y cuyo sonido tantas veces emularía en su Zeus recorriendo las camberas.

Entonces, de repente sintió el olor de la cazadora de cuero a la que se aferraba con fuerza cuando su padre le conducía hasta la casa del árbol de galletas en La Costanilla, (que realmente era una casa de camineros) recordó lo dichosa que había sido y que era su vida en ese entorno que una vez más recorría con su fiel escudera, con su Zeus.

PASEO MITOLÓGICO

Néstor Romero Ramos

El atasco de las 8.00 en la M30, el estrés y la contaminación de la gran ciudad, no tener salud o no poder vivir de tu *hobbie* son ejemplos de lo que constituye, para mí, un infierno.

Creo que el averno no está entre montañas al borde del mar, con el espíritu altruista de esa gente maravillosa y al pie de parques naturales, por eso a priori no sabía qué era el infierno cántabro. Pero este año me animé a sacar pasaje con Caronte y bajar al Hades cántabro.

El Soplao es eso, un soplo de aire fresco que te sacude y te purga a la vez. Es un reto pero no contra diez mil almas errantes más, sino más bien contra uno mismo. Es ponerte a prueba, disfrutar sufriendo, llegar a ser el Amadís de Gaula emulado por Don Quijote. Saja Nansa pone a tus pies ese campo de batalla. Así que blande tu espada, amarra tus zapatillas o pedalea sobre tu *caballuco del diablu* para hacer tronar todo tu interior. Un auténtico estruendo recorre esa tierra al son de las lanzas que golpean los guerreros en su baila de Ibio.

Ni el frío del mar Cantábrico, ni la soledad de la noche montañesa, ni los duros desniveles del camino podrán mermar el ánimo de aquellos que quieren llegar a su límite. Llegar y sobrepasar ese límite que creías inalcanzable.

Concluir El Soplao es una reconciliación con uno mismo, llegar a meta en volandas elevado por los aplausos de los habitantes de Cabezón y demás participantes cómplices anónimos de esa gesta; es el fin de un camino con múltiples experiencias, compartir con la gente, conocer diez mil historias distintas, planear otras tantas más, salir de la zona de confort para alcanzar lo que otros ya alcanzaron, al igual que Mallory inició la primera ruta al Everest, aquí tenemos la oportunidad de seguir otras rutas propuestas por gente de espíritu aventurero, dinámico y sociable.

En el fondo es una fiesta a la cual te invitan con el coste de tu sudor y esfuerzo para conseguir llegar. Es un premio, a veces amargo, a veces inconcluso, pero siempre se vuelve... La magnificación de los detalles, ese cencerro que suena a tu paso agitado por una señora sonriente; el paisano que te ofrece agua cuando estás entre dos avituallamientos, los ánimos que te indican que aún tienes fuerzas... Todo eso es lo que no puedes explicar a la gente que no lo ha vivido, no hay palabras para encapsular todas estas sensaciones. Tan sólo se puede esbozar parte, hacer un medio mosaico con tantas piezas y mostrarlo de pasada a la gente que te pregunta "¿qué tal El Soplao?"

A partir de ahora somos embajadores de esta tierra, pregoneros de las leyendas forjadas al son de AC/DC por senderos a veces flanqueados por curiosas vacas, a veces a solas tú y la inmensa Gaia. También hay desvanecimiento, ganas de rendirse, de abandonar, de jurarte que no volverás a sufrir como lo estás haciendo, repetirte como un mantra "otra ola que me hunde", "¿quién me mandaría a mí pedalear por este páramo?" o "¿por qué hay que subir el Toral?" Es el boicot de tu mente a tu cuerpo, la discrepancia entre lo racional y lo emocional, es cuando lo de infierno toma sentido.

"Sólo cien metros más" eso resuena en tu cabeza, mientras tus músculos te suplican cual canto de *sirenuca* que se puede

descansar, parar, cerrar los ojos y regresar a casa... Pero es cuando vuelves a ver a alguien animándote, o cuando te acuerdas de por qué decidiste ir, es en ese momento en el que no sabes de dónde, pero sacas otra vez fuerza para llegar hasta el siguiente punto. Entonces ya no tiene solución. Pertenece a esta especie de logia deportiva, que sita en esa Cueva mística con su llamada gutural desde el interior de la Tierra. Estás infectado con el mitológico virus de El Soplao.

¿A quién contagiarás tú para el siguiente año?



Encuentro multicolor. Rafael Luengo. 3º Premio